



**Reseña de: Aurora Egido, “*Don Quijote de la Mancha*”
o el triunfo de la ficción caballerescas, Madrid, Cátedra,
2023, 362 pp. ISBN: 978-8-437645-87-2**

Anna Bognolo

Università di Verona (Italia)

anna.bognolo@univr.it

JANUS 13 (2024)

Fecha recepción: 4/01/24, Fecha de publicación: 15/02/24

<URL: <https://www.janusdigital.es/articulo.htm?id=276>>

<DOI: <https://doi.org/10.17979/janus.2024.13.10514>>

Resumen

Reseña de: Aurora Egido, “*Don Quijote de la Mancha*” o el triunfo de la ficción caballerescas, Madrid, Cátedra, 2023.

Palabras clave

Don Quijote de la Mancha; ficción caballerescas; fiestas caballerescas; Zaragoza; Barcelona

Title

Review of Aurora Egido, “*Don Quijote de la Mancha*” o el triunfo de la ficción caballerescas, Madrid, Cátedra, 2023

Abstract

Review of Aurora Egido, “*Don Quijote de la Mancha*” o el triunfo de la ficción caballerescas, Madrid, Cátedra, 2023.

Keywords

Don Quixote of la Mancha; chivalric fiction; chivalric festivals; Zaragoza; Barcelona





El *Quijote* es un triunfo de ficción narrativa y un compendio de diferentes géneros de ficción. Es un defensor de la autonomía de la ficción y de los derechos de la imaginación, en contra de las puntualizaciones de los pedantes indagadores de las niñerías de la verosimilitud histórica y de las reglas aristotélicas. También es un inmenso y denso contenedor de la vida de su época, que bebe de la realidad cotidiana, del conocimiento de los diversos ambientes sociales y de las realidades vividas en la España que conoció su autor. El *Quijote* es un “prisma de muchas caras” (p. 15) que se puede ver desde varios puntos de vista, sin dejar de interrogarse sobre su multiforme capacidad de reflexión. El propósito de la autora, en la pauta de sus trabajos anteriores, ha sido volver a leer la obra cervantina en su contexto histórico, a la luz de los torneos y justas caballerescas y literarias de la época de Carlos V y de Felipe II, donde la cara militar y épica cede a la festiva, que se rebaja a lo burlesco, a lo carnavalesco y paródico.

La autora presta mayor atención a la *Segunda parte* que, por el cambio de trayecto provocado por la aparición del *Quijote* apócrifo, se centra en el reino de Aragón; también presta atención a las órdenes militares y la cofradía de san Jorge conectada con el destino frustrado de Don Quijote en Zaragoza. Las manifestaciones caballerescas que vienen de la Edad Media cambiaron con el tiempo, alimentándose de una caballería internacional que encarnó los ideales monárquicos, aristocráticos y eclesiásticos. Las justas poéticas adoptaron la forma y el lenguaje

caballeresco, incluso en relaciones, carteles, pliegos sueltos, y el festejo se hacía público con la participación del pueblo llano. También las fiestas dedicadas a canonización de santos asumieron las modalidades de lo caballeresco transformándolo a lo divino. Egido realza la relación de Cervantes con la orden de predicadores, pues Cervantes participó en las justas de Zaragoza por san Jacinto en 1599 y también pudo conocer las fiestas de Barcelona por la canonización de san Raimundo de Peñafort en el año 1601, que fueron objeto de la relación de Fray Jaime Rebullosa escrita poco antes de la primera parte del *Quijote*. Esta Barcelona caballerescas y festiva representa una situación nueva siendo la primera ciudad en la novela. Para entender cómo el lenguaje épico-caballeresco en el *Quijote* se rebaja al terreno del cuento risible, hay que tener en cuenta varios géneros menores: entremeses, máscaras, mojigangas, chistes, disparates, farsas, el sermón jocoso, la carta burlesca. Todo ello serviría a Cervantes para tejer su tapiz caballeresco y jocoso; este "prisma de muchas caras" se compone de géneros y soportes de varios tipos que se entrecruzan de forma poliédrica en el *Quijote*.

En el primer capítulo, "El juego del torneo y las justas de lucimiento", la autora repasa rápidamente el momento áureo de los torneos en la época de los Austrias, a partir de la definición de términos como "torneo", "justa" y "certamen" en el *Diccionario de Autoridades*. La corte de los Habsburgo desplegó una cantidad de torneos de proyección internacional, alimentada por libros de caballerías, festejos, celebraciones, entradas reales, mientras un hilo de continuidad une los juegos caballerescos de la nobleza medieval a los practicados en el Siglo de Oro, cuando la llegada de Carlos V supuso una nueva concepción del torneo donde el príncipe era celebrado como caballero andante. Desde siempre, además de sus resonancias militares, el torneo tenía un alto componente lúdico y enseñaba una doble faz, seria y festiva, con elementos míticos como los disfraces a lo romano (pensemos en las estatuas de Leone Leoni) y la presencia de elementos risibles o festivos como gigantes y cabezudos o la lucha de moros y cristianos.

En el segundo capítulo, "Las órdenes militares y el *Quijote*", la autora destaca la relación del Quijote con los valores que subyacían en las órdenes militares (Calatrava, Alcántara, Santiago y Montesa) a partir de tratados como la *Segunda partida* de Alfonso X y el *Libro de la orden de caballería* de Ramón Llull, o el *Doctrinal de caballeros* de Alonso de Cartagena. En la concepción de don Quijote, los libros de caballerías se hermanan con las historias de caballeros reales, acercando el heroísmo histórico y el legendario; cuando el héroe habla de orden de caballería, está siempre hablando de fábula e historia emparejadas. Los valores de la

caballería verdadera tienen que ver con los tratados militares y los de educación de la nobleza: el verdadero comportamiento caballeresco perdura en las órdenes militares, así como en el imaginario colectivo de los espectáculos públicos. Cervantes hace una clara distinción ética entre el ocioso “caballero cortesano encerrado en sus dominios y caballero andante que discurre a lo libre por los caminos del mundo” (p. 54). El rechazo de don Quijote a los modernos caballeros cortesanos va de la mano con el intento de Felipe II de reactivar la caballería en pleno siglo XVI, cuando instituyó la milicia general encargándole la defensa interna de España, porque “la nación que había sido semillero de soldados ya apenas producía vocaciones militares” (la frase es de Domínguez Ortiz, p. 53).

El tercer capítulo se titula “Caballeros santos. Todo por san Jorge”. Cervantes no toma posición sobre la esfera religiosa y no considera explícitamente el aspecto de la santidad; sin embargo, recuerda varios caballeros santos: Santiago, san Martín y sobre todo san Jorge, cuyo culto se celebró en Zaragoza desde el siglo XV, cuando Alfonso V fundó una cofradía de justadores. Aurora Egido aduce datos inéditos tomados de un manuscrito de la RAE sobre las *Ordinaciones* del capítulo de la cofradía de san Jorge (1505 y 1675) y se refiere a una relación del viajero holandés Enrique Cock sobre los festejos en ocasión del viaje de Felipe II en 1585 en Zaragoza y en Barcelona. Cervantes fue buen conocedor de las justas de Zaragoza, la ciudad más nombrada en la *Segunda parte*, a pesar de que don Quijote no llega a visitarla por distinguirse del apócrifo. Los participantes eran auténticos personajes históricos, como los que estudió Martín de Riquer, o los de la orden del Toisón de Oro que se reunieron con Carlos V en Barcelona en 1519.

En el capítulo cuarto, “Al calor de las imprentas de Zaragoza y Barcelona”, además de los libros de caballerías que alimentaron los talleres de estas capitales de la imprenta, Aurora Egido señala los pliegos sueltos que documentan ocasiones festivas como los dichos torneos por la visita de Felipe II a Zaragoza en 1585, las fiestas caballerescas a san Raimundo de Peñafort de Barcelona en 1601, la beatificación de santa Teresa de 1614, o la exaltación de la Inmaculada Concepción de 1619.

El capítulo cinco, “Cambio de destino”, ilustra el cambio de trayecto del *Quijote* a partir del apócrifo, que proyectó la ciudad de Barcelona en una posición central en la novela de Cervantes, convertida en un centro festivo con hábitos caballerescos y pastoriles, como atestigua también la *Fortuna de amor* de Antonio de Lofraso.

En la misma línea, el capítulo sexto “Orillas del mar. Entre caballeros, damas y muchachos”, comenta las páginas de la *Segunda parte*. Lo que sucede a don Quijote y Sancho en su entrada en Barcelona forma

parte del entretenimiento cortesano usual, como sostiene Martín de Riquer; por ejemplo, la presencia de muchachos (que ya estaban en el *Quijote* apócrifo) en el cortejo que acompaña don Quijote se puede comparar a los desfiles de niños pobres en la relación de Rebullosa. Seguramente Cervantes estuvo en Barcelona en 1610, buscando inútilmente la protección del conde de Lemos para ir a Nápoles; también, sugiere Egido, Cervantes pudo pasar por Barcelona antes, durante su huida a Italia en 1569. Ciertamente es que la fiesta de san Raimundo de Peñafort se celebró cuatro años antes de la *Primera parte* del *Quijote*, con gran resonancia en toda España. Aurora Egido da noticia de varios pliegos poco estudiados conservados en la BNE, que cuentan fiestas como la entrada de los reyes en 1599 después de las bodas en Valencia, cuando fue celebrada una justa caballerescas en la plaza de Born con cuatro carros alegóricos de reinas de Persia, Moscovia, África e India, y un sarao según la antigua tradición de las danzas de damas.

El capítulo siete "Gigantes y caballitos cotoneros" ilustra los detalles de la fiesta de Barcelona por la canonización de san Raimundo de Peñafort. El santo, maestro general de los dominicos, vivió en la segunda mitad del siglo XIII, dejando una biografía novelada de caballería, de guerra y evangelización, que unía la hagiografía a las glorias militares de Aragón. Proclamado beato en 1542 y canonizado en abril 1601, sus celebraciones se extendieron por todos los conventos dominicos, incluso en América, con el contenido militar relativo a un santo de una orden que luchaba contra infieles y herejes. La ciudad de Barcelona lo celebró casi inmediatamente, entre mayo y junio, con la participación de todos los estamentos empezando por los caballeros; y comprendió cierto componente literario con la colocación de poesías en las puertas del convento de santa Catalina y carteles de desafío anunciando los torneos y sortijas en la plaza de Born. Se contó con la participación de niños y niñas de pocos años vestidos de blanco y coronados de flores; de unos gigantes sobre zancos, un dragón (la Brivia) y un espectáculo de danza de doce caballitos cotoneros, que fingían las cabriolas de los caballeros en la justa. Todos elementos de un espectáculo caballeresco popular y carnavalesco, donde encontramos gigantes de madera, tela, aros metálicos, lata y cartón piedra, que no tienen que ver con los libros de caballerías, sino con las procesiones del Corpus. Estas mascaradas (que por otro lado se encontraban ya en el apócrifo) nos inducen a atender a contextos extraliterarios y a géneros menores, a la hora de analizar el lado lúdico y cómico del *Don Quijote*.

El capítulo ocho se titula "Caballeros con espejos «armados a la antigua»". El "Paso Venturoso" y destaca otro aspecto de la fiesta de 1601: el certamen poético en catalán, latín, castellano, con relativo cartel de desafío. Fue una fiesta a lo divino, que fundía caballeros y clérigos con desfiles de

cofradías y órdenes religiosas en honor de los santos: san Jacinto, san Vicente Ferrer, santa Caterina de Siena. El Paso Venturoso, en que los mantenedores defendían la lujosa reliquia de san Ramón, recuerda el antiguo Paso Honroso de Suero de Quiñones (1434) y el paso de la Fuerte Ventura de Valladolid (1428). El cervantino Caballero de los Espejos quizá recuerde los desfiles de caballeros vestidos de emperadores romanos que llevaban faldones de espejuelos. Los caballeros armados a la antigua, con vestimenta a la romana o heroica, como también los disfraces de varias naciones, Tracia, Persia, Japón, India, pintados en libros de los “abiti” como el de Cesare Vecellio, constituían un espectáculo de doble vertiente, noble y ridícula, con el mismo espíritu de los vejámenes de las fiestas de grado con que se burlaba a los nuevos doctores.

El capítulo nueve, “Desafíos caballerescos y poéticos. La aparición de Periandro”, analiza otros detalles en este cuadro de carnavalesización que funde lo militar y religioso, donde cobra particular interés la sortija de tres lanzas con un faquín en la plaza de Born, anunciada en el cartel puesto en la puerta de la iglesia de los dominicos, firmado por un mantenedor llamado nada menos que Periandro Clariquel (un noble caballero enmascarado). Todo adobado con doce negros vestidos al uso de Portugal que cantaban y bailaban con lenguaje de negro (p. 191), danzas de espada, justas de poemas catalanes y castellanos, y jeroglíficos a lo divino.

El capítulo diez “Cervantes y los dominicos. Las justas por san Jacinto y san Raimundo” insiste en la probabilidad de que Cervantes hubiera tenido noticia de las fiestas de Barcelona de 1601. Por otro lado, es seguro que Cervantes participó en el certamen zaragozano por san Jacinto de 1595, siendo premiado con un cubierto de plata; aunque es posible que no asistiera personalmente, pudo aludir a esta fiesta cuando, al final de la *Primera parte*, decidió que don Quijote iría a Zaragoza a participar en una sortija. Zaragoza había sido teatro de entradas reales como la de Felipe III y su esposa Margarita en 1599 en que se realizaron torneos a caballo; contaba con muchas referencias festivas (en el *Guzmán de Alfarache*, en el *Peregrino en su patria*); también ofrecía un amplio historial de gallos y cuentos festivos académicos. De la mascarada estudiantil de 1614 por la beatificación de santa Teresa se conserva una relación: hubo carros triunfales, justas, certamen poético, desfiles jocosos con trajes antiguos y de naciones varias, una versión carnavalesca escrita en versos de cabo roto, los mismos que utilizó Cervantes, mientras entre las máscaras aparecían don Quijote y Sancho Panza. Así la figura de Teresa, celebrada como santa amazona vencedora de batallas, hizo convivir la más alta imagería religiosa mística con el carnaval y la fiesta, mostrando la caballería “su doble faz sublime y ridícula” (p. 210).

En el capítulo once, "Justas de armas y letras en el gran teatro caballeresco", Aurora Egido concluye que en las fiestas de san Raimundo de 1601 y de santa Teresa de 1614, recogidas también en pliegos sueltos, la plaza del Born se había transformado en un espacio completamente teatral, donde el sarao y el disfraz sustituían los antiguos símbolos del torneo caballeresco, que se convertía finalmente en una parodia. Igualmente, en las fiestas de 1632, los mismos Felipe IV y el Conde Duque participaron con cuadrillas de caballeros vestidos de emperadores romanos.

El capítulo doce "Del Paso Honroso al Paso Venturoso. Los ancestros de Alonso Quijano" quiere cerrar el círculo preguntándose hasta qué punto la vida caballerescas de principio de siglo XVII se inspiraba en los torneos medievales. Los festejos barceloneses de san Raimundo de 1601 se inspiraron en el Paso Honroso y en el Paso de la Fuerteventura de Valladolid; en el primero (1434), al lado de Suero de Quiñones había intervenido Gutierre de Quijada, del cual don Quijote dijo descender por línea recta de varón. Cervantes pudo leer del Paso Honroso en los *Claros varones* de Fernando del Pulgar y en la *Crónica de Juan II*; hay toda una descendencia de Quijadas que participaron en el Paso Honroso.

El último capítulo, "El triunfo de la ficción. Don Quijote en el espejo cóncavo de la caballería" resume la tesis de la autora. El Quijote supuso un ejercicio de sincretismo que puso en ridículo el heroísmo a lo divino y a lo humano; parodió las novelas de caballerías, la bizantina, pastoril, morisca, la épica, la mitología, la hagiografía y otras varias fuentes, como las crónicas, los espejos de príncipes, las relaciones de justas, torneos y fiestas cortesanas, el romancero y géneros varios (p. 254). El *Quijote* contiene todo esto; es un espejo de su tiempo, pero un espejo que transforma todo con la matemática del espejo cóncavo. Resucitando la "casi muerta orden de la andante caballería en una edad necesitada de alegres entretenimientos" (*DQ* I, 28; p. 256), es arte de primero y de segundo grado, imitación de fuentes literarias como de la realidad. Así, "Barcelona, la única ciudad que el caballero visitó, sería para siempre el símbolo de cómo alcanzar el triunfo en la derrota gracias a la literatura" (p. 262). "La reducción de la caballería andante a las aventuras de un loco don nadie" le permitió a Cervantes "convertir su obra en paradigma universal de un mundo que se resiste a sucumbir durante siglos incluso como pasatiempo risible". "Gracias a ello el Quijote se alzó como representación máxima de la ficción caballerescas" (p. 270).

En conclusión, Aurora Egido ha adjuntado una cantidad de documentos diferentes sobre el contexto histórico de las fiestas caballerescas aragonesas y catalanas, enlazando elementos coincidentes y recogiendo una verdadera mina de conexiones nuevas; echando mano de una gran cantidad de fuentes sobre las fiestas de la época, en relaciones, libros de viajes y en pliegos de cordel, la

estudiosa sostiene que muchas de las aventuras de la *Segunda parte* del Quijote no son totalmente fantásticas, sino coinciden con la realidad de la época, que ya tenía muchos elementos quijotesco. La obra de Cervantes se difunde sobre la base de ideales caballerescos bien conocidos que habían sido ya objeto de burla con anterioridad.

Uno de los significados del libro es mostrar cómo lo caballeresco se rebaja a juego y risa popular. Las fiestas de Barcelona representaban una carnavalización paródica de la caballería que ya existía previamente y que Cervantes pudo perfectamente conocer. Entre el *Don Quijote* y la vida de la época, Aurora Egido destaca parecidos y coincidencias sutilmente analizadas, sin que se puedan aducir evidencias filológicas directas e inmediatas. Pero la fuerza de su argumentación está en la cantidad de información formidable que pone a disposición, bien de documentos de primera mano utilizados por primera vez, bien de bibliografía secundaria que reúne en cantidad abrumadora. En una nota la autora cita su tesis doctoral: *La poesía aragonesa del siglo XVII y el culteranismo* (p. 200); su investigación ha sido como un gran edificio que crece para aumentar el conocimiento, profundizando aspectos diferentes, pero queda firme en la fidelidad a un núcleo duro inicial. En este ensayo, Aurora Egido parece poner en relación todo con todo y crea una constelación de pruebas que se iluminan mutuamente, tejiendo un tapiz de muchos hilos y colores, con gran finura y riqueza de información. Los capítulos no se conectan linealmente, sino forman un sistema integrado que se justifica de manera poderosa y admirable y nos regala una visión amplia y sutil del Siglo de Oro y un enorme compendio de bibliografía sobre el tema. Un lunar: se echa en falta un índice de nombres y una bibliografía que, por cierto, habrían requerido muchas energías y detenido, quizás, la publicación del libro. Finalmente, la autora agradece la atenta lectura de Mari Carmen Marín Pina.